

La "laya,, en España y en la India védica

No es mi propósito hacer una completa monografía de la «laya». Las notas reunidas ocuparían bastante espacio. Quiero asimismo huir de cuestiones genéricas, en las que tanto papel puede jugar la fantasía. El tema se presta admirablemente para hablar de los orígenes de la labranza, de la literatura védica, de los primitivos pobladores de España, etc. Barajando nombres de lenguas, razas y países, se puede tratar de demostrar todo lo que convenga. Voy a ver si consigo ceñirme al tema, aunque los resultados sean poco brillantes. Me sentiré feliz si con ello consigo interesar vuestra atención, y si este modesto trabajo es el germen de futuras investigaciones.

Los diccionarios de la lengua española coinciden en afirmar que «Laya» es de origen vascongado, por lo menos en su acepción de instrumento agrícola. Romanistas como Meyer-Lübke consideran bastante verosímil que esta voz haya formado parte del vocabulario anterior a los romanos. Aseguran los etnógrafos que la «Laya» tiene todas las probabilidades de ser un instrumento anterior a la utilización de la tracción animal.

Si se considera lo poquísimo que sabemos de cierto sobre los iberos, y lo contados que son los vocablos que la lengua de éstos diera a nuestro romance, se comprenderá mejor la importancia de esta vieja palabra, cuya propiedad se disputan vascos, castellanos y aragoneses. Borao la incluye en su «Diccionario de voces aragonesas». En Cataluña, si bien desconocen la «palabra», poseen la «cosa», bajo el nombre de «Paló». También se usa allí el tridente llamado «Fanga».

.. Ignorada la palabra en Francia y en el resto de Europa, se ha encontrado cierta similitud con otros instrumentos de labranza que se usan en Italia, y nada menos que en Centroamérica y Sur de Chile, pero esto último se explicaría por la colonización española.

En el léxico portugués figura «laya» con el sentido de «qualidade, casta, modo, feitio». En Galicia, «layar» equivale a «gemir, quejarse».

Si del Diccionario de la Lengua pasamos al Diccionario Geográfico, hallaremos en nuestra toponimia peninsular lugares co-Laya, en Vizcaya y Burgos; San Juan de Laya, en Burgos; Layana, en Zaragoza; Santa Eulalia de Layas, en Orense; Layes, en Huesca; Layantes de Abajo y de Arriba, en Orense, etc.

Pero lo que pudiéramos llamar «heimat» de la «laya» corresponde a una zona comprendida entre el Ebro y el Pirineo, más bien hacia el Norte. Cualquiera que sea su etimología, es una voz del más rancio abolengo hispano. Si quisiéramos precisar mejor su significación, tendríamos que denominarla ibérica o pirenaica.

Nada nos dicen la Historia ni la Arqueología en el caso concreto de la «laya». Como motivo ornamental figura desde antiguo en las estelas discoidales de los cementerios vascos. Pero esto no sirve para explicarnos su origen, mucho más remoto, evidentemente.

Tan sólo la Filología comparada podría darnos alguna luz. Ahora bien, ¿dónde buscaremos el rastro de la «laya»?

Las inscripciones ibéricas siguen siendo poco menos que indescifrables, a pesar de los estudios hechos por Hübner, Schuchardt y otros.

Inútil sería acudir a los clásicos latinos. Tenemos en bajo latín las formas leia, lia, laia, leda, lada, pero no incurriremos en el error de algún diccionario etimológico al relacionarlas con el francés **laie** = «escoda, martillo de picapedrero», cuando su sentido corresponde al francés laie = «camino forestal», emparentado con el antiguo escandinavo **leid**, anglosajón lad, flamenco **leyde**.

En griego hallaremos la voz laïon, con las acepciones de «campo sembrado» (Teócrito) y «reja del arado». No creo que sea éste precisamente el origen de nuestra laya, pero bueno será que lo tengamos en cuenta.

Si consultamos un buen diccionario sánscrito, el de Monier-Williams, por ejemplo, nuestra sorpresa no podrá ser más agra-

dable. Allí encontraremos exactamente la voz *laya*, y entre sus varias acepciones, una sobre todo llamará nuestra atención. Es la siguiente: «a particular agricultural implement (perhaps a sort of harrow or hoe)»; esto es: «instrumento peculiar de labranza (tal vez una especie de rastro o azada)».

Todos vosotros sabéis perfectamente lo que es la *laya*, cómo la usan los labradores vascos, y por qué se ha conservado allí, no obstante los progresos de la agricultura. Huelga, por lo tanto, que entre en su definición o descripción.

De la misma manera que en la India védica coexistieron el arado y la *laya*, en algunas localidades del País Vasco, según hizo notar Humboldt, se ara con arado de una punta, *goldia*, o también llamado *nabarra*, pero sólo para trazar surcos rectos que los labradores puedan seguir con la *laya*. Porque el arado no se usa allí propiamente para profundizar, sino la *laya*.

Dentro de España, es el País Vasco donde se ha conservado, a través de los siglos, como instrumento típico de labranza. La singularidad de la *laya* y la persistencia de su empleo fueron siempre motivo de admiración, no sólo para Humboldt y otros viajeros ilustres, sino también para los etnógrafos. Pero hemos de suponer que hace siglos debió de estar mucho más extendida por nuestra península, porque así lo dan a entender los datos lingüísticos y geográficos.

Tiene en español y en portugués la voz que nos ocupa el sentido de «calidad, especie, género; casta, ralea, jaez»; y así decimos: Esto es de la misma o de otra *laya*, como nuestros hermanos de Portugal dicen: Amigos desta *laia* dispenso-os.

Según Humboldt y Larramendi, el idiotismo español nació de la costumbre de *layar* varios en compañía. Equivale al alemán: Sie sind eines gelichters.

No figura esta acepción entre las varias que tiene la palabra vasca. Y es extraño que su uso se extienda más bien por Andalucía y Portugal, regiones bastante alejadas de lo que hemos llamado *heimat* de la *laya*.

Pero, a falta de este sentido metafórico, hallamos en el gran diccionario de Azkue que *lai* tiene otras varias acepciones, como son: «ramilla, sarmiento; semicírculo en el borde de la oreja, una de las diferentes marcas que se hacen al ganado lanar».

Sabida es la afinidad de ideas entre **arado y árbol** o **rama**. Pijoan hizo notar lo siguiente: «Los lapones, que con los vascos son acaso los únicos descendientes de las poblaciones primitivas europeas, tienen para el arado la palabra **kara**, que designa a la vez arado y rama. En sánscrito, **spandana** quiere decir a la vez arado y árbol».

Moulton dijo también: «Los nombres del arado a menudo nos cuentan su propia historia, por su conexión con las palabras que significan rama».

Una de las etimologías propuestas para el nombre germánico del arado (inglés **plough**, alemán **pflug**), consiste en relacionarlo con el gaélico **plœ** = «tocón de árbol».

En sánscrito encontramos la voz **lángala** en su triple acepción de «arado; vara o palo para derribar los frutos de los árboles; palo o madero en forma de arado». Por cierto que el éuscaro **langa** significa «leño largo y grueso, traviesa, tranca», y también «cancilla», o sea la puerta rústica hecha con palos o leños. En vizcaíno se conserva la forma **lángara**.

Entre los patronímicos de la India antigua recogidos por T. Gubler, figura **langalayana** (Aitareya Brahmana), citado también por Monier-Williams, y que se deriva del nombre del arado. Unas páginas antes vemos otro patronímico que no puede ser indiferente a los vascos, y que nos hace recordar al P. Fita. Es éste: nahusyá: **náhus**, que en el Rigveda significa «hombre, vecino». Hemos querido consignarlo, aunque sea incidentalmente, para que se vea la abundancia de palabras sánscritas que están emparentadas con otras del vascuence. Compárense **nausi** y **auzo** (de ^x**nauzo**), que respectivamente significan en vasco «amo, jefe» y «vecino».

La afinidad de ideas entre arado y árbol o rama se extiende también a otros instrumentos, tales como la azada, por ejemplo en el antiguo Egipto. Dice Hartmann: «Des origines historiques á la période saïte, la houe égyptienne se compose de deux pièces de bois, de longueur inégale; celle qui sert de manche est droite et généralement plus courte que celle qui sert á bêcher».

Hemos dicho que entre las varias acepciones del éuscaro **lai** figura la de «ramilla, sarmiento». Pudo haber tenido primitivamente el sentido de «rama», y entonces cabría atribuirle un ori-

gen autóctono. Pero los diccionarios vascos, además de la forma dialectal **lain**, nos presentan las variantes **laira** y **laida**, que significan, según las localidades, «brote, crecimiento anual de un vegetal; bozo; sarmiento». **Laira** y **laida** nos conducen a una forma hipotética ^xlaya, que pudo ser la primitivo, o bien el resultado de la elisión de r, d, caso muy frecuente en euskera y en otras lenguas.

Que la a final de laya es temática lo demuestran las voces derivadas, tales como **laiatu** = «layar», **laiategi**, sinónimo de **laya** en su acepción de «marca del ganado», **laiaketa** = «labranza por layas», etc. Si la ,a fuese el artículo pospuesto, no nos explicaríamos esos y otros derivados, porque muy bien pudo decirse **laitu**, como decimos **amaitu**, **zaitu**, etc.

Fonéticamente es posible pensar en un origen autóctono. Bajo el punto de vista semántico, la relación entre laya, **ramilla** y sarmiento no aparece del todo clara. Para ello tendríamos que retorcer el sentido de **ramilla**, que tiende a a la pequeñez, como se ve en las acepciones de «brote» y «bozo». **Lairatsu** es el «árbol lleno de ramillas flexibles, la vid muy sarmentosa». Mientras no se demuestre que **lai** tuvo alguna vez el sentido de «rama, palo, madero», creo que debemos descartar esta solución.

Todavía es más interesante la laya vasca en su acepción de «"semicírculo" en el borde de la oreja, una de las diferentes marcas que se hacen al ganado lanar». Los ingleses tienen la voz **earmark**. No debe de existir en castellano un vocablo equivalente, cuando los diccionarios lo traducen por «señal en la oreja». Como carecemos los españoles de un buen diccionario analógico, no me ha sido posible comprobarlo con exactitud. Lo más parecido que encontré es señal de tronca = «la que se hace al ganado, cortando a las reses uno o ambas orejas».

Sospecho que algo más encontraremos el día en que se llegue a formar el inventario analógico de nuestra lengua, y tengamos en él recogidas y ordenadas las voces dialectales, ricas en matices de expresión que muchas veces faltan en el léxico oficial. Esta es una de las razones que me han llevado a propugnar la tesis del «Diccionario decimal de la Lengua española», o sea la catalogación de nuestro rico vocabulario con arreglo al sistema de clasificación decimal. Sobre este tema tengo presentado un trabajo

al Congreso de Ciencias de *Zaragoza*, que se titula «La clasificación decimal del vocabulario de las lenguas». En dicho trabajo no hago otra cosa que confirmar y ampliar los puntos de vista que hace cerca de un año tuve el honor de exponer en una comunicación dirigida a esa respetable Academia.

Que es posible encontrar en las lenguas peninsulares otros nombres característicos de las diferentes marcas del ganado, lo demuestra, por ejemplo, la existencia en mallorquín de la voz *clavell* en su acepción de «senyal que es fa a l'orella d'una ovella, ab dos talls convergents que no s'arriben».

El vascuence abunda también en palabras que expresan esta misma idea. Entre las recogidas por Azkue y Ormaetxea además de *lai*, *iaiategi* y *laiñategi*, puedo citar las siguientes:

Akats = «marca en la oreja del ganado, en forma de ángulo obtuso».

Laitegi, *zazpiko* = «marca en la oreja del ganado, en forma de ángulo recto».

Miurkillo, *urkillu* = «marca en la oreja del ganado, en forma de ángulo agudo».

Artesi, *artasi*; *mirubuztan*, *biribuztan* (literalmente, «cola de milano») = «raja o taladro en la oreja del ganado lanar».

Labera, *xakail* = «agujerito que se hace en la oreja de un animal».

Koska, *xakets* = «mella que hacen los pastores en las orejas de las ovejas, para conocerlas».

No creo que sería muy aventurado suponer la existencia en castellano antiguo, o en alguna de las lenguas prerromanas, de la voz *laya* en su acepción de «marca del ganado», como eslabón intermedio entre el nombre del instrumento de labranza y el sentido metafórico de «calidad, casta, especie».

Muy semejante es el caso de *grey* («rebaño del ganado menor»), que en nuestros días se aplica a la congregación de los fieles. *Egregio*, como todos sabéis, viene de *egregias*, y esta voz latina se compone de *e*, *ex* = *de*, y *greg*, *gregis* = «grey»; esto es, «sacado, apartado de la grey, del rebaño».

No puede sorprendernos que *laya*, «marca del ganado lanar», tomase con el tiempo el sentido metafórico de «casta». No veo la

necesidad de recurrir al germánico y al bajo latín en busca de la etimología, cuando sin salir de España tenemos la filiación deseada.

Al decir que dos o más personas son de una misma laya, lo que propiamente expresamos es que aquéllas son de igual casta o rebaño. La marca en la oreja sirvió para distinguir al ganado, y tal vez se deba a esto que la laya del castellano, cuando nos referimos a personas, toma cierto sentido peyorativo.

Compárese también el español **jaez**, en su doble acepción de «adorno para caballos» y «calidad de una cosa». Decimos: **Son de un mismo jaez**, como diríamos **son de una misma laya**.

Ya lo dijo Ihering: «La marca rebaja al hombre al rango de la bestia». De aquí se deriva el significado de la expresión jurídica romana **nota = tacha —makel—**, correspondiente al alemán **brandmal** = marca con el hierro, afrentosa; estigma; y al término **gezeichnet** = marcado (estigmatizado), refiriéndose a los hombres. La idea de preeminencia ha sido también con frecuencia referida al ganado en el lenguaje; por ejemplo, en latín **egregius, eximius** (= elegido en el ganado como excelente para un fin particular, v. gr. el sacrificio), y en alemán **ausgezeichnet**, «distinguido».

No cabe dudar que la India védica conoció un instrumento agrícola llamado **laya**. Podrá, desde luego, objetarse que no basta la identidad de nombre, tratándose de pueblos tan distintos. Pero precisamente para dilucidar estas cuestiones está la Filología comparada.

El análisis de esta voz en védico nos demuestra que procede de la raíz **li (=ri)**. Las diversas formas verbales de dicha raíz expresan la idea de «adherirse, pegarse, unirse estrechamente», la de «disolver, deshacer, fundir», y también la de «poner en movimiento, arrojar». Como sustantivo, **laya** significa, entre otras cosas: «fusión, disolución, absorción, destrucción»; «el rápido movimiento (hacia abajo) de una flecha»; «instrumento peculiar de labranza (tal vez una especie de rastro o azada)». Laya, variante de **laya**, se traduce por «arma arrojadiza». Todo ello concuerda bastante bien con el manejo de nuestra laya, horquilla de hierro que el labrador introduce verticalmente en el suelo con toda su fuerza. Por su mayor peso y resistencia, se la hace caer de más

alto que la azada corriente. Esto explicaría quizá la afinidad que existió en sánscrito entre la laya y la idea de flecha o arma arrojadiza.

Intrigado por el misterio de la laya védica, y creyendo que los filólogos podrían tal vez aclarármelo, me dirigí en junio de 1923 a un sabio profesor inglés, considerado como una de las mayores autoridades en la materia. A la bondad de dicho señor debo la respuesta que sigue: «La voz a que usted se refiere, laya, aparece una sola vez en el "yajurveda blanco" ("vajasaneyi - samhita"), donde por el contexto se deduce que debió de ser un instrumento agrícola, pero sin que sepamos cuál. Sólo podemos conjeturar que se trataría de una especie de azada. Pero no tenemos la certeza de ello, y probablemente no llegará a saberse nunca. El "vajasaneyi - samhita" ha sido traducido por Ralph Griffith, pero la consulta de esta obra no le sacará de dudas. La voz laya no llegó a sobrevivir en sánscrito. Parece que se deriva de la raíz li, y pudo significar "lo que se pega a la tierra o se hunde en ella". Siento no poderle dar una información más concreta». Análoga respuesta recibí de Alemania, donde me dieron la traducción de egge o hacke.

Sabía que la laya figuraba una sola vez en uno de los libros sagrados de la India. Pero desconocía el texto védico, y en mi deseo de ver si averiguaba algo más, me procuré la traducción inglesa de Griffith, así como el original sánscrito. No tardé en identificar el texto que buscaba. En el libro XVIII, versículo 7, se lee lo siguiente: «May my controller and my supporter and my security and my firmness, and my good and my pleasure, and my knowledge and my understanding, and my beggetting and my propagation, and my plough and my harrow prosper by sacrifice».

Como se ve, Griffith traduce laya por harrow, y no por hoe. La interpretación del texto védico oscila, pues, entre el rastro y la azada.

Estudiada esta voz en su morfología, acusa todos los rasgos característicos de la derivación sánscrita. El sufijo -ya es uno de los más corrientes. Si se la considera bajo el punto de vista fonético, nada hay en ella que no esté de acuerdo con el fonetis-

mo de la lengua de los Vedas. Es, pues, una palabra de la más pura cepa indoeuropea.

La circunstancia de figurar en el citado texto al lado de **sira**, nombre del arado, nos permite comprender, o mejor dicho, deducir el significado de la laya védica.

Lógicamente hemos de suponer que hubo un momento en que decayó o se extinguió en la India el uso de la laya. No se encuentra rastro de ella en la literatura sánscrita de épocas posteriores. Mucho debemos agradecer a la Providencia el que esta vieja palabra haya podido conservarse, lo que nos permite identificarla ¡al cabo de 3.000 años!

Todo esto podrá parecer trivial e insignificante a los que fabrican etimologías en serie, pero ojalá que de cada palabra española pudiéramos poseer una filiación tan completa, dentro de lo hipotético, como la que nos da en este caso la Filología comparada.

Bien quisiera haceros gracia de las etimologías que han venido circulando sobre la laya de los vascos. Pero algunas de ellas no dejan de ofrecer cierto interés, porque sugieren la afinidad de conceptos con otras palabras, o porque sirven para reforzar la tesis de que el origen de la laya hay que buscarlo en la lengua védica.

No me detendré en etimologías como la de Novia de Salcedo, que explicaba esta voz como formada de la-gay-a, «lo apto, capaz de cansancio».

Don Juan Thalamás Labandíbar dice que laya o laña vienen de **lan**, trabajo, y aya, instrumento. Según el P. Eusebio de Echalar, «el sustantivo vasco laia = instrumento de labranza, y **la-na** = trabajo, se darán la mano con labor = trabajo».

Esta relación entre **lai**, **lain** y lan cabe desde luego en lo posible, puesto que la agricultura es el trabajo por excelencia. Y con mayor motivo, cuando la operación de layar exige un esfuerzo tan penoso. De ello da idea, aunque jocosamente, el proverbio vasco, citado por Azkue: Arilketa, nekaketa; laiaketa, yostaketa (=el hacer ovillos es cansancio; el layar, una diversión).

Es digno de notarse que entre los nombres vizcaínos de «artiga» figuran como equivalentes, según las localidades, laiabarri y lanbarri.

Humboldt y Mahn pensaron en la posibilidad de un parentesco entre **laya** y **lagun**. Este último vocablo significa compañero, y no me parece probable que sea un compuesto de **laya-dun**, a pesar de que la operación de layar se realiza por varias personas a la vez. **Lagun** es otra de las palabras de estirpe indoeuropea. Véanse, en prueba de ello, el sánscrito **lag** = «adherirse, unirse, reunirse, seguir de cerca»; **langa** = «unión, asociación», y el norso **lag** = «comunidad, sociedad, compañía; compañerismo». De esta misma raíz procede el inglés **lag** = «lo que está o viene detrás».

Por último, he de referirme a las etimologías de Astarloa y otros autores, coincidentes en afirmar que en vascuence «cada articulación, cada sonido, cada letra tiene valor propio significativo». No creo que valga la pena refutarlo, pero sí me parece oportuno subrayar el hecho de que, con arreglo a estas teorías, la consonante **l** indica la idea de apegamiento, sujeción, aspereza, cohesión, adhesión, etc.

Cejador sostiene que la es «golpear o trabajar», y dice que **lai** fué el nombre genérico del instrumento primitivo de cultivo.

Arana dió la siguiente etimología de **lai**: «De la raíz **la** y la determinante **i**. Este instrumento de labranza, en efecto, se clava y agarra a la tierra para volcarla». Recordemos tan sólo que la raíz **li** del sánscrito expresa la idea de «adherirse, pegarse» unirse estrechamente», y que, precisamente por esto, la **laya** védica se ha interpuesto como «instrumento que se pega a la tierra o se hunde en ella».

Hace más de quince años, mis aficiones lingüísticas me llevaron a explorar el vasto campo de los orígenes indoeuropeos, y la influencia de éstos en la cultura primitiva de los vascos. Júzguese cuál no sería mi sorpresa al encontrar en védico el rastro de la **laya**.

No se trata de un caso aislado, y comoquiera que el demostrarlo aquí me obligaría a traspasar los límites que quiero dar a este pequeño estudio sobre la **laya**, he creído preferible recopilar en un apéndice algunas de las palabras vascas de buena etimología indoeuropea. De intento he omitido muchas que son más conocidas. En este género de investigaciones, como dijo el señor García de Diego, la calidad importa mucho más que la cantidad.

Soy también de los que creen, como otro ilustre académico ya fallecido, don Francisco Fernández y González, que la fecundidad de los estudios filológicos alcanza a lo grande como a lo pequeño, sin distinción de razas ni procedencias.

Menéndez Pidal dijo en una ocasión que «sin el estudio profundo de la lengua vasca jamás podrán ser revelados del todo los fundamentos y los primitivos derroteros de la civilización peninsular, ni podrá ésta ser esencialmente comprendida».

Si **centum** sirvió para descubrir el nuevo mundo de la Filología, nuestra vieja **laya** puede llevarnos a la determinación del elemento ario, no sólo en el vascuence, sino en la cultura prerromana de los españoles.

Manuel G. RAMOS

La «laya» en España y en la India védica

APENDICE

SANSCRITO

Ara: rayo de la rueda; veloz.
Arin: rueda, disco.
Anas: carro, carreta.
Jyáyas: superior.
Saila: pétreo, duro, rígido.
Karkara: piedra; duro.
Karkasa: duro, áspero.
Jri, jar: envejecer. (Cfr. avest. zar.)
Jarjara: viejo.
Jur (nom. jur): hombre anciano.
Jur: envejecer.
Rih, lih: lamer.
Madhuno, leha: abeja.
Rihayas: ladrón.
Satura; amansado, domesticado.
Kukura: perro.
Lag: adherirse, seguir.
Lagna: adherente.
Langa: unión, asociación.
Ari: enemigo.
Kutumba: casa, familia.
Las: abrazar.
Lasta: abrazado.
Jángha: pierna.
Jámbha: diente: devorando.
Sira: nervio, vena arteria.

EUSKERA

Arin: ligero, veloz.
Anazka; lanzadera.
Yayo: magnífico, superior.
Zail: correoso, duro, rígido.
Karkail: torpe, brusco,
Karkaza: torpe, brusco.
Zar: viejo.
Txar: malo; débil.
Zur: prudente, sensato.
Liztor: avispa.
Litxar: goloso; ratero.
Lister; ratero.
Zakur: perro.
Kakur: perro.
Lagun: compañero.
Arerio: enemigo.
Kutun, kutun: familiar, íntimo, querido.
Laztan: abrazo.
Zango: pierna.
Zanpa-zanpa: onomat. de devorar,
Zanpez: de bruces (= de dientes).
Siratx: nervio.

Ankura: hinchazón, tumor.

Bija, vija: semilla, grano.

Apurna: incompleto, fracción.

Pur: en abundancia.

Jagarmi: yo velo.

Adhi: estar atento, entender.

Raj: ponerse colorado.

Rajas: oscuridad, vapor.

Uru: lejos.

Tama: aflicción, apuro.

Tamas: oscuridad; pesar.

Cheda: corte, división, límite.

Lavan, a: segador; hoz, cuchillo.

Náhus, háhusha: vecino, hombre.

Nahushyá: humano.

Lángala: arado; vara o palo para derribar los frutos de los árboles; palo o madero en forma de arado.

Ankura: tumor.

Bihi: semilla, grano, fruto.

Apur: migaja.

Apurña: en pequeñas dosis.

Purpur: onomat. de la profusión,

Purrustaka: en abundancia.

Jagon: vigilar, cuidar.

Zai (de ^xzagi): vigilante.

Adi: atención.

Aditu: atender; entender, oír.

Arrats (alde): tarde, noche.

Urrun: lejos.

Tama]: lástima, sentimiento profundo

Xede: límite, raya.

Labana: cuchillo.

Nausi: amo, jefe.

Auzo (de ^xnauzo): vecino.

Langa: leño largo y grueso, traviesa, tranca; cancilla, puerta rústica.

NOTA.—Omito el cortejo de derivados y dejo para mejor ocasión el análisis de cada una de las palabras comprendidas en este Apéndice. Muchas son las observaciones de orden fonético que nos sugieren aquéllas, y sólo citaré la más importante: la J inicial del sánscrito, al pasar al vascoence, se convierte en Z, o se conserva.